

De escuelas & maestros

AQUELLAS ESCUELAS RURALES

VÍCTOR JUAN. DIRECTOR DEL MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN

■ Hemos cambiado tanto en pocas décadas que cuando leemos o escuchamos testimonios de maestros que ejercieron en pueblos en los que no había luz eléctrica ni agua corriente, poblaciones a las que había



que llegar andando por estrechas sendas o a lomos de caballerías, lugares que quedaban aislados durante la mayor parte del invierno, podría pensarse que todo aquello ocurría hace centenares de años. Sin embargo, esa era la realidad de muchos pueblos de Aragón hasta hace tan solo cincuenta o sesenta años. Dada la mentalidad de la época, en los pequeños núcleos rurales, las maestras sufrían en mayor medida el aislamiento social que sus compañeros varones.

La maestra de Escartín

Durante nueve años, del 8 de enero de 1952 al 12 de julio de 1961, Rosario Algarín Márquez, natural de El Coronil (Sevilla), fue maestra en Escartín. Cuando en diciembre de 1951 la Delegación Provincial le comunicó que había sido destinada a Escartín, tuvo que consultar en los mapas dónde se encontraba este pueblo. Llamó por teléfono a Huesca y allí le dijeron que se podía ir en tren hasta Sabiñánigo, luego podría tomar un autobús hasta Fiscal y que tendría que avisar de su llegada al alcalde de Escartín para que bajaran a buscarla con una caballería. Se armó de valor y se puso en viaje. El primer día hizo el trayecto Sevilla-Madrid. El segundo día llegó hasta Zaragoza y el tercero hasta Sabiñánigo. El trayecto Sabiñánigo-Fiscal lo hizo en coche de línea. Al llegar a Fiscal aún le quedaban tres horas de viaje en una caballería. Es fácil suponer el estado de ánimo de aquella joven maestra que no había salido antes de Sevilla y que no había visto la nieve. La maestra hizo cuanto estuvo en su mano para volver con su familia, a la que solo veía durante las vacaciones de verano. Por fin, en 1961 le adjudicaron una vacante cerca de Sevilla. Tras su marcha, los vecinos de Escartín encontraron en una pared de la casa de la maestra un grafiti escrito a lápiz en el que se recogían deseos, esperanzas y amor por la escuela y por el pueblo. Aunque el grafiti, recreado en la acuarela que ilumina esta columna por Orosia Satué, empieza el día de su llegada a Escartín con una pregunta: «Aquí, Dios mío, ¿cuándo saldré?», nueve años después, al conocer que por fin se trasladaba a Sevilla, doña Rosario escribió: «¡Qué pena me da dejar el lugar este! ¡Mi escuela y mis niños y todos los vecinos! ¿verdad? ¡Cuidad mi jardín y la iglesia! ¿Sabéis?».